



Bookshelf

2011

Soy un bravo piloto de la nueva China

Ernesto Seman

University of Richmond, eseman@richmond.edu

Follow this and additional works at: <http://scholarship.richmond.edu/bookshelf>



Part of the [Leadership Studies Commons](#)

Recommended Citation

Seman, Ernesto. *Soy un bravo piloto de la nueva China*. Buenos Aires: Mondadori, 2011.

NOTE: This PDF preview of *Soy un bravo piloto de la nueva China* includes only the preface and/or introduction. To purchase the full text, please click [here](#).

This Book is brought to you for free and open access by UR Scholarship Repository. It has been accepted for inclusion in Bookshelf by an authorized administrator of UR Scholarship Repository. For more information, please contact scholarshiprepository@richmond.edu.

*Soy un bravo piloto
de la nueva China*

ERNESTO SEMÁN



MONDADORI

LA CIUDAD

Cuando abrí la puerta del departamento, la luz entraba por la ventana en diagonal, de costado, aunque fuera casi de noche. Me pareció raro. A la mañana temprano, por ejemplo, el sol que viene del lado del río y aparece primero por el living deforma las sombras de los muebles y los hace alargados, como jirafas, y aunque no piense tanto en esas cosas, uno termina por tener alguna expectativa sobre la luz y la sombra de cada hora del día. Ahora el reflejo de la ciudad sobre las nubes bajas daba un resplandor claro y artificial, naranja como en las noches calurosas de tormenta. Así que las piernas del cuerpo que colgaba en el centro de la sala dejaban una sombra estirada, que se arrastraba por el suelo hasta la pared y se me pegaba al cuerpo, a mí que estaba ahí parado, sin terminar de entrar ni de cerrar la puerta.

Durante muchos años había pensado en un suicidio de mi padre, en varios. Tan habitual se había hecho esa idea, que me preguntaba si el resto del mundo no tenía esas mismas imágenes en la cabeza, con idéntica insistencia. A veces imaginaba que yo estaba en el patio de una casa indistinta, sentado en una hamaca o en un sillón, escuchaba un disparo y entraba corriendo para encontrarlo a él, al soldado de la

pluma y la palabra, tendido sobre una mesa, su escritorio. Otras veces, la imagen era la de una casa a la que yo entraba después de estar todo el día afuera y veía su cuerpo muerto sentado en el sillón del living, a veces sin ninguna herida aparente, otras veces con un hilo de sangre que bajaba de su sien y enchastraba la camisa.

A veces había saltado por la ventana de un edificio de oficinas en la zona de Tribunales, agobiado por algo. O simplemente no había vuelto a casa, se había ido sin dejar ningún rastro o nota, nada. O se mataba de alguna forma no muy específica, pero el centro de la fantasía era una última y larga, íntima conversación entre nosotros. Aunque otras veces, la conversación era íntima pero no reconfortante, y transcurría mientras él, borracho o drogado, zarandeaba un cuchillo en su mano derecha y se reía a carcajadas, descompuesto de miedo.

Otras veces, la escena del suicidio tampoco era clara, ni siquiera podía verla, pero se producía como tributo personal a una causa mayor, inenarrable, dejando un legado heroico y abrumador. O si no, también sin poder ver el suicidio ni la muerte, ni el cuerpo, la fantasía consistía en que yo recibía una llamada al teléfono del trabajo de alguien impersonal, un médico o un abogado, que me avisaba que algo grave había ocurrido con mi padre, que fuera de inmediato a cierto lugar, a un hospital.

También, por supuesto, había imaginado que entraba a mi propia casa y encontraba su cuerpo colgado en el centro de la sala.

Ahora, la sombra deformada de las piernas me protegía del resplandor que entraba por la ventana, a esa hora de la

noche. De tanto haberlo imaginado, todo parecía un poco más normal, a su modo. Salvo por el hecho de que el hombre colgado en el living de mi departamento, mi padre, el Camarada Luis Abdela, había muerto treinta años atrás.